asegurando que en Cristo hay dos hijos, y negando la maternidad de la Santísima Vírgen, contra él se declara Eusebio, simple lego, despues obispo de Dorilea; un clamor universal se levanta contra el heresiarca, cunden sus sermones, S. Cirilo le impugna y le escribe; mas cuando contesta al santo quiere sorprender al pontífice, éste á instancias de Cirilo convoca un concilio en Roma que examinando las cartas y escritos del obispo, y los de Nestorio, condena á éste y comisiona á aquel para ejecutar la sentencia; pero ni los ruegos de Juan, patriarca de Alejandría, ni la energía de Cirilo, ni los doce célebres anatematismos formulados contra Nestorio en el concilio de Alejandría, ni finalmente la condena del sínodo de Efeso son bastantes á retraerle del error, sino por el contrario, se forma en Oriente un partido poderoso que á su vez condena á S. Cirilo, quien por último se justifica; y si bien el patriarca de Antioquía y algunos obispos se convencen de su inocencia, varios acuden al papa en 433; mas al año siguiente se reconcilian con el Teodoreto, y otros, aunque declarando el obispo que salva la pureza de la fé, y que esto es solo por un acto de caridad. Por último, Teodosio el jóven publica una ley contra los sectarios llamándolos simonianos el año 435, y destierra á Nestorio el 436 con otros obispos hasta el número de 15 que no quieren unirse a Cirilo. o ea anioved and ob tobanging. EL SACERDOCIO .- TOM. I.

En este mismo año, poco mas ó menos, tuvo principio la disputa de los tres capítulos sobre los escritos de Teodoro de Mampuesta que pasaba por maestro de Nestorio, disputa que tuvo su orígen en la Cilicia, y llenó de luto años despues la Iglesia del Señor: tambien se hicieron cuestionables los escritos de Teodoreto, impugnador de S. Cirilo, quien hizo una confesion de fé muy clara, y la carta del obispo de Edesa Ibas, dirigida al persa Moris, que contenia una acusacion de apolinarista contra S. Cirilo, y sin embargo, los impugnadores mas celosos de estos tres obispos por desgracia yacian en las tinieblas del error, y eran los mas acérrimos eutiquianos, error no menos lamentable que el de Nestorio, y que aunque por opuesto rumbo despedazaba el dogma, y habia de herir la esposa de Jesucristo con nuevas divisiones, rompiendo su manto sagrado al empuje de nuevas discordias siempre perjudiciales y opuestas al espíritu de esa unidad que la anima.

Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, impugnador acérrimo de Nestorio, rasga las entrañas de su madre la Iglesia negando las dos naturalezas en Jesucristo; el concilio de Constantinopla de 448 le condena, y halla en S. Flabiano, obispo de Antioquía, un digno competidor; apoyado por la corte acude al papa para que revoque su deposicion, pero allí le sigue Flabiano y se confirma el decreto del concilio; sus amigos

logran del emperador la convocacion de otro sínodo en Efeso, que dominado por el influjo de la corte le absuelve en 449 y depone á Flabiano y otros obispos, pero el pontífice S. Leon declara nulo cuanto hizo aquel conciliábulo y desplega en sus escritos un celo santo para remediar el escándalo. S. Pedro Crisólogo, consultado por el hereje le confunde con su respuesta, median cartas entre los emperadores de Oriente y Occidente manifestando éste que debe dejarse el negocio en manos del obispo de Roma, en tanto suben al sólio oriental Pulqueria y Marciano y se celebra el concilio Calcedonense de 451 que condena el error. Marciano muere el 57, los eutiquianos trastornan la iglesia de Alejandría, declaman contra el concilio de Calcedonia, el papa confirma sus actas y aviva el celo de Anatolio contra los herejes que son espelidos de las sillas de Alejandría y Antioquía, hasta que protegidos por Basilisco en 475 tiene ocasion el cisma de Zenon y Acacio que publicaron el Henotico. El papa S. Félix envía sus legados á Constantinopla, pero vuelven maltratados, y los reprende severamente, condena á Acacio, escribe al emperador con la mayor energía, pero todo su celo no puede cortar el mal: el desórden crece en Oriente, el emperador Anastasio so pretesto de la paz protege los acéfalos ó severianos, y destierra á Macedonio, patriarca de Constantinopla: las iglesias se acogen á la protec-

cion del papa, los pueblos se conmueven, el emperador engaña al de Constantinopla con una fingida humillacion y persigue los obispos de Antioquía y Jerusalem. Luego por temor de Vitaliano Anastasio, finge reconciliarse con el papa, quien anima á los obispos de Iliria, reprende á Doroteo y envia legados al emperador Anastasio, que no pudiendo corromperlos les prohibe la entrada en la corte; pero en 518 sube al solio Justino, y con él recobra la Iglesia la paz que celebran con entusiasmo los pueblos; sin embargo, aun dominaban los errores de Eutiques en Alejandría, si bien sus sectarios militaban bajo dos banderas rivales, los corruptícolas y los fantasiastas, banderas que influyeron poderosamente en su mútua destruccion: desde entonces aquella furiosa hidra perdió su vigor, y postró su orgulloso ímpetu á los piés de la hija de Sion.

Mas no por esto habia llegado para la Iglesia el dia de la alegría; el infierno obstinado en perseguirla, por mas que sus puertas no hayan de prevalecer contra ella, no escarmentando en sus derrotas, ni atemorizándose con tan repetidos y gloriosos triunfos, siempre inventando escándalos, suscita á Joviniano contra la gracia de Jesucristo y las máximas morales de la Iglesia, trueca su vida austera en disipacion, y publica que no hay diferencia entre abstenerse de los placeres de la mesa ó usarlos con agradecimiento, que los bau-

tizados no pueden ser vencidos por el demonio y que la virginidad no es preferible al matrimonio; el pontífice S. Siricio le excomulga en 390, hace le destierren de Roma, y S. Gerónimo y S. Agustin le impugnan vigorosamente; mas ¿qué importa? surgen al momento los marcelianos vertiendo máximas mucho mas corruptoras sobre las costumbres en el error de que el bautismo de nada servia, y en un cierto fanatismo de oracion, S. Flabiano se opone á este torrente, refuta los errores y condena los herejes, haciéndolos desterrar á la Siria. A S. Gerónimo cupo el honor de refutar victoriosamente á Vigilancio que proclamaba el desprecio á la continencia, tratando de idolatría el culto de las reliquias de los santos y de supersticion el uso de encender luces en su honor. A storma osolingao as balance y growin as

Con todo, el demonio no duerme, y un error mucho mas perjudicial se propaga por la cristiandad y viene á infestar el cuerpo místico de la Iglesia en 405. Pelagio y Celestio se declaran contra la gracia, y S. Agustin aparece en la arena para sostener la pureza del dogma. Pelagio, en su carta á Demetirade, daba á entender que no reconocia el pecado original y que no creia necesaria la gracia de Jesucristo para obrar bien. A pesar de los esfuerzos de S. Agustin, de sus disputas y escritos, el error toma incremento, se agita la Palestina, Pelagio se finge católico, el concilio de

Diospoli le absuelve y su crédito se aumenta de un modo estraordinario en Oriente. Los concilios de Cartago y Milevo le condenan en 416 y participan su condenacion al pontífice S. Inocencio, que se declara contra el error; pero muerto éste, Celestio va á Roma y sorprende á su sucesor Zozimo, que sin absolverle de la excomunion, escribe á los concilios de Africa recomendándoles tanto á él como á su compañero Pelagio: los obispos suplican al pontífice, celebran varios concilios que condenan el error y renuevan la sentencia de S. Inocencio, hasta que convencido el papa los condena tambien, avisándoselo á los prelados africanos y á las demas iglesias de la cristiandad, siendo en todas partes bien recibida, menos por Juliano, obispo de Eclana, y otros diez y siete que fueron depuestos y apelaron de la sentencia del pontífice ante el concilio general.

Entretanto S. Agustin no cesa en su trabajo, y á fuerza de fatigas y desvelos, consigue descubrir los engaños de Pelagio; su penetracion y celo rasga el velo que los cela; entonces le impugna con mas eficacia, desvanece sus argumentos, pone en evidencia sus calumnias y las de Juliano, hace ver que no es necesario el concilio general, instruye y sosiega los monjes de Adrumeto, convierte á Leporio, propone á Vital doce artículos importantes é impugna los semi-pelagianos. El pontífice S. Celestino recomienda la doctrina de este va-

ron admirable, se publica el escrito "Autoridades de la silla apostólica sobre la gracia de Dios." El concilio de Efeso condena los pelagianos, S. German convierte los de la Gran Bretaña; y el celo de los papas siguientes, los decretos del concilio de Orange de 529 y la erudicion de varios autores católicos, bastan á contener los progresos de una herejía que tanto lisonjea las pasiones y protege la corrupcion de las costumbres.

Tenemos, pues, á la Iglesia triunfante de los esfuerzos de Juliano y de los herejes, y adornando su triunfo con los rotos estandartes de los ídolos y de las herejías, y no podemos prescindir de reseñar sus trabajos y sus victorias sobre los cismáticos: describiremos con la brevedad posible, los esfuerzos que sus enemigos hicieron por romper su unidad, ese lazo místico que en vano la malicia y el infierno intentan destruir, y que lleva la Iglesia de Dios en su progreso continuo al imperio universal y al cumplimiento de las promesas de su Esposo divino que tiene escrito: "Todos los reyes se postrarán en su presencia y las naciones de la tierra la servirán."

Los novacianos son los defensores de este nuevo estandarte, y su cisma no concluye con las persecuciones; en vano el concilio de Nicea procura su reunion y ordena que sean recibidos á la comunion los que se conviertan de corazon, hasta que perseguidos por los arrianos en Constantino-

pla, y con motivo de la disputa sobre la celebracion de la pascua en 392, entibiándose su odio á los católicos, concluyeron por unirse á la Iglesia. Tambien el sínodo de Nicea procura inútilmente la union de los melecianos que se habian separado de la Iglesia de Alejandría, porque su obispo S. Pedro habia depuesto al de Licópoli Melecio, hasta que, confundido con los arrianos, concluyó el cisma; pero en Mesopotamia suscita otro nuevo Audio, hombre de costumbres arregladas y de un celo escesivo por la virtud; no sabiendo sufrir la sospecha mas leve de avaricia y lujo en los eclesiásticos, se separa de la Iglesia arrastrando en pos de sí no pocos que forman el cisma de los audianos, cuya moral severa obliga á los presbíteros, y aun á los obispos, á vivir del trabajo de sus manos como los legos mas pobres. Desterrado á la Escitia, establece allí monasterios bien ordenados, introduce la vida de las vírgenes cristianas y de los ascetas, sin que despues del siglo IV tengamos noticia de esta secta, pero sí de la de los luciferanos: hijo este cisma de un escesivo rigor como el antecedente, Lucifero de Caller, su autor, y los demas que le siguen, no quieren comunicar con los que suscribieron el concilio de Rimini, por mas esfuerzos ni pruebas que den de su fé, pasando de este principio á separarse tambien de los que comunicaban con ellos, y así de toda la Iglesia, quedándonos bastantes noticias de esta separacion lamentable en los memoriales que presentaron á los emperadores dos de sus afiliados Marcelino y Faustino.

A estos eismas siguió otro mucho mas terrible, de peores y mas trascendentales consecuencias, y que por tanto merece que le tratemos con mas detenimiento; hablamos del de los donatistas. Tuvo su orígen en la eleccion de Ceciliano para la silla de Cartago, hecha por los obispos de esta provincia á la muerte de Misurio: aceptada por el pueblo la eleccion y consagrado Ceciliano, aunque simple diácono, por Félix, obispo de Aptunga, un partido poderoso se declara contra ella, animado por medios infames y lisonjeando la vanidad de otros prelados africanos, logra reunir en Cartago hasta setenta eclesiásticos que, resentidos de no haber sido invitados á la eleccion la declaran nula, pretestando que el consagrante habia sido traidor en tiempo de la persecucion; pero los verdaderos católicos desmienten las calumnias, sosteniendo ademas, que dado caso que fuera cierta, no por eso serian nulas ni la eleccion ni la consagracion. Constantino hace venir la causa á Roma, el pontífice declara la validez de la eleccion y castiga á Donato, obispo de Casas Negras, autor de la discordia, y cuyo nombre tomaron los sectarios, que no por esto se corrigen, sino por el contrario conmueven el Africa, precisando al emperador á juntar el concilio de Arlés, que declara

válida la eleccion é inocente á Ceciliano; pero mas ciegos en su error los donatistas apelan á Constantino, quien oyéndolos en el consistorio confirma las declaraciones del pontífice y del concilio; con todo, mas y mas tenaces adquieren mas prosélitos, y su obstinacion mas incremento, pasando en 329 á tanto, que reunidos eligieron obispo de Cartago otro Donato, si no mas á propósito para crear y fomentar el cisma, por lo menos muy al caso para secundarle y sostenerle.

Era este muy versado en las ciencias humanas, desinteresado y de costumbres arregladas, afeando estas cualidades con los negros matices de soberbio, atrevido é insolente: pero á pesar de ellas era un gefe muy á propósito para levantar y animar un partido; los donatistas bajo su direccion adquirieron mayores bríos, él comunicaba á todos su ardor, su intrepidez y su insolencia, de modo que á su ejemplo, los obispos que le secundaban se creian infalibles é impecables, y esta soberbia, y tanto orgullo como un miasma corrosivo se comunicaba á los particulares, infestaba la sociedad y despedazaba la Iglesia, porque descaminados los pastores, el rebaño en vez de un alimento de · vida se apacentaba con el manjar de la muerte, tomando por virtud el vicio, por bondad el crímen, y por religion la impiedad. De aquí, de este lamentable fanatismo como de cenagosa fuente nace una nueva secta, el furor de los circuncelio-

nes, que causan infinitos estragos á la Iglesia. En el reinado de Constante se debilita el cisma, en el de Juliano crece, el sofista Parmeniano le defiende, S. Optato le impugna encomiando á la Iglesia de Roma; mas á pesar de todo, una gran parte de la grey del Señor sigue los caminos de la perdicion, y tantos, que por los años 390 al 400, podian los donatistas gloriarse de tener solo en África mas de cuatrocientos obispos; pero esto mismo contribuyó á su ruina, pues creciendo entre ellos la soberbia, orígen de todo error, estalló la division, los partidos se declararon, y de su pugna resultó la evidencia, el desengaño de todos y el triunfo completo de la fé, contribuyendo á él poderosamente S. Agustin, con sus sermones, sus cartas, sus conferencias y escritos, y muy particularmente con una cancion popular, compuesta ex profeso para atacar y refutar el cisma, que por otro lado procuraban cortar el papa y los concilios de Africa, convidando á los cismáticos á conferencias amistosas, sin que se pudiera obtener un arreglo hasta que el concilio de Cartago de 404 y el emperador, dictaron contra los donatistas leyes rigurosas, en fuerza de las que muchos se convirtieron. Con todo, en 410 se celebró una conferencia general en Cartago, entre cismáticos y católicos; S. Agustin los convence, muchos obispos vuelven al camino de la fé, otros, mas enfurecidos con la derrota, calumnian al presidente

Marcelino, que halla en el doctor de Hiponia un fuerte apoyo, y el cisma subsiste hasta que los mahometanos le sepultan confundido con la verdadera Iglesia, bajo las plantas de sus briosos corceles en la desolación general del Africa.

Tales fueron los enemigos con quien tuvo que luchar la religion, enemigos que al par que despedazaban el manto sagrado de la Iglesia y teñian sus pedazos con la púrpura de sus mártires, turbaban la paz del Estado, y entre el vendaval de civiles discordias llevaban la guerra mas cruel al seno mismo de las familias, y desgarraban la sociedad conmoviéndola desde sus cimientos, convirtiendo el mundo en un caos de horrores, de miserias y de muerte, donde el hombre, á merced de su capricho, despreciando cuanto hay santo y venerable en el cielo y en la tierra, sin mas norte que su desenfrenado amor propio caminaba á su perdicion envolviendo en su ruina á la afligida humanidad. Pero dispuesto siempre el clero á sacrificar su vida y su reposo por la religion cuyo depósito se le habia encargado, y por sus hermanos cuya direccion le estaba cometida, se levanta contra la herejía, su voz poderosa truena en todas partes contra el error, y una serie no interrumpida de sabios, empezando en S. Atanasio y concluyendo en S. Agustin, hace resplandecer la verdad sacándola de las sombras del error mas pura y hermosa, y encadena el monstruo de la

EL SACERDOCIO .- TOM. I.

21

mentira á los piés de la esposa de Jesucristo, sometiendo á la unidad católica el cisma, á la Iglesia la herejía, á la cruz los ídolos, y salvando la religion y la sociedad del abismo en que el genio del mal intentó precipitarla.

Los ministros de la religion católica, centinelas avanzados de la casa del Señor, custodios de su grey y depositarios de la verdadera doctrina, alimentan los fieles con el pasto espiritual, y sin perdonar medios ni fatigas, procuran atraer los disidentes, los ilusos y los descaminados, al redil del buen pastor, buscan por todas partes las ovejas descarriadas, y en alas de su celo se les ve multiplicarse; ningun medio perdona la Iglesia para salvar sus hijos; ruegos, argumentos, todo se pone en práctica por los obispos, en los púlpitos amenaza su voz, convence en las cátedras y condena en los concilios; pero sin echar mano de la espada del castigo hasta haber apurado todos los medios de la conviccion y de la caridad, amonestaciones y ruegos privados, amenazas públicas, decisiones conciliares, todo se emplea, la dulzura y el amor son desatendidos, y entonces. para cortar el mal, para impedir que la gangrena inficione todo el cuerpo místico de la Iglesia, echan mano de los castigos; y la esposa de Jesucristo, la hija de Sion, llora el error de sus hijos, cambia sus blancas vestiduras por el luto, el anatema truena, los emperadores hacen leyes represivas EL SACERDOCIO.-TOM. I.

contra los herejes y cismáticos, y la espada de la ley y de la justicia brilla sobre sus cabezas fulminando el esterminio y la muerte.

El clero entonces acude á conjurar la tormenta; y aquellos obispos tan celosos de la fé, tan prontos á combatir el error, tan dispuestos á convencer á sus hermanos obcecados, vuelan en alas de su caridad á los piés del trono á implorar clemencia y perdon contra los transgresores de la ley y los profanadores del templo.

ESTADO DEL MUNDO. —ULTIMOS PAGANOS ILUSTRES —PONTÍPICES. —SANTOS PADRES DE ORIENTE.

Aun no reconceia al Dios verdadero todo el imperio, ni era venendo despenisto por todos los etiblitos de los (lésares; ni las hereiras habian su-

cumbide completamenter aun quedaban restes del paganismo, y les disidentes tenian proseduos y.

los scelatros discipulos; por eso será bueno hacer ama ligera ceseña del estado del mundo, para que

se conescán los obstáculos que tuvo que superar la felesia los enemigos que tuvo que vencer y

las enusas que retardaren su triunfo, y para este empezavanos desde el principio del imperio.

ha decadencia la religion a fines de la república; fueron inútiles todos los esfuerzos de Augusto